

003. Las lágrimas de Dios

Todos conocemos las ocurrencias felices que tienen los niños cuando se trata de cosas de Dios. Sus ojos inocentes descubren misterios que nosotros, los mayores, no adivinamos nunca.

Digo esto antes de narrar lo de aquel niño que se iba cada día a la iglesia con un frasco de alcohol y algodón, y provisto también de un pañuelo fino que le había hurtado a su hermana. Se iba directamente a la capilla del Santo Cristo, se subía al altar adosado a la imagen, montaba encima de una silla y comenzaba su tarea: limpiaba el rostro de Jesús y, con el pañuelito le secaba las lágrimas de los ojos... Nadie le veía. Hasta que una vez cayó en su propia trampa, al ser sorprendido por una buena señora:

- *Pero, ¿qué haces?*

El chiquillo se echa a llorar, como si le hubieran pillado en un delito:

- *No hago más que limpiarle la cara a Jesús para que no se le noten las lágrimas que le salen de los ojos. ¡Yo no quiero que Jesús lllore!*

Esto, lo que hacía y decía un niño.

Pero, lo grande es que lo ha hecho también, y durante muchos años, un hombre muy valiente en la guerra, muy sereno, muy sabio, y, por lo visto, también muy santo...

Es el caso de un religioso holandés, que vivió todos los horrores de la Segunda Guerra Mundial, y que ha dedicado su vida a ayudar a las víctimas de todas las guerras de nuestro tiempo, sin distinciones de ninguna clase: a amigos como a enemigos de su patria, a alemanes rubios y a negros africanos, a las víctimas de Vietnam y a los hambrientos de nuestra América Latina. Contemplando su vida, inexplicable para muchos, se le hace una vez esta pregunta:

- *Pero usted, ¿quién es? ¿Un sacerdote, un monje de clausura, que sólo debe rezar en el coro, celebrar Misa y estudiar en la biblioteca, o un trotamundos que se divierte viajando?*

Y responde a los curiosos reporteros:

- *Tengo una vocación. Y lo esencial de esta mi vocación es secar las lágrimas de Dios en todas las partes donde Él llora.*

Ante palabras tan misteriosas, él mismo nos da su explicación para todos nosotros:

- *Dios llora en la tierra. Las lágrimas se destilan ininterrumpidamente por el rostro divino de Jesús, que, aun siendo uno con el Padre celestial, aquí en la tierra sobrevive y sufre. Las lágrimas de los pobres son sus lágrimas, puesto que Él ha querido identificarse con ellos. Y las lágrimas de Cristo son lágrimas de Dios. De este modo, Dios llora en todos los afligidos, en todos los que sufren, en todos los que lloran en nuestro tiempo. No podemos amarlo si no enjugamos sus lágrimas (Werenfriend van Straaten)*

¿Qué diferencia hay —podemos preguntarnos— entre este antiguo soldado y el niño inocente?... Ninguna.

Además, creo que todos estaremos conformes con su profunda y emotiva explicación. San Pablo la firmaría con gusto a la primera.

Porque, según el Apóstol, todos formamos con Jesús un solo cuerpo, un solo Cristo, el Cristo entero.

Pero aquí está la trágica contradicción en nuestras vidas. Si existe un solo Cristo —Él y nosotros—, ¿por qué a Cristo le hacemos tener dos caras?

Con una cara llora amarga y mansamente, porque sufre una enfermedad, siente el estómago vacío, no tiene ropa con que ocultar su desnudez, vive en una casita

destartalada y expuesta a todas las inclemencias de la lluvia y el viento, se encuentra sin trabajo, y tiene que mendigar lo más elemental para la vida...

Con la otra cara —es la que le hacen poner muchos, ya que Él de por sí no la tiene—, ríe a mandíbula batiente, porque está bien satisfecho de la vida, come y bebe banqueteadando cada día, se divierte a no poder más, y se la pasa en grande con ininterrumpidos viajes de placer...

Esta cara última de Cristo resulta grotesca, pero es la cara con la que aparece en muchos hombres y mujeres.

Sin embargo, Jesucristo no es uno que la pasa bien en este mundo, conforme a las costumbres de un mundo que Él anatematizó.

Cuando Satanás le presenta el placer —*¡come, bebe!*— responde: ¡No quiero!...

Cuando le propone la ostentación —*¡tírate de aquí abajo, para que todos te vean y te alaben!*—, responde: ¡No quiero!...

Cuando le ofrece todo el mundo, el dinero y el poder —*¡todo esto te doy!*—, responde: ¡No quiero!...

Vamos a olvidar la cara de un Jesucristo que actuase conforme a las propuestas de Satanás, porque ese Jesucristo no nos gusta a nadie...

Sin embargo, no nos dejamos llevar de pesimismo. Eso, no. La vida es alegre. Dios quiere para sus hijos la felicidad, la que Jesucristo proclamó en su discurso de las bienaventuranzas.

Por eso queremos que Cristo deje de llorar. No resulta ningún imposible el conseguirlo. Cuando vemos una multitud de hermanos que sufren —sea por el dolor que sea, lo mismo físico que moral—, y nos aprestamos a llevarles un consuelo, la cara de Jesucristo deja de derramar lágrimas y comienza a sonreír de manera celestial.

¿Qué otra cosa hacen nuestros actos de amor? Porque, con una ayuda al pobre, con un consuelo al que sufre, con una sonrisa y unos cuidados al enfermo, hacemos nosotros sonreír a Jesucristo mejor que el niño inocente con el pañuelito...